Prado acierta al reducir a los más sencillos recuerdos sus evocaciones de infancia: pequeños objetos en su maleta, dispuestos por el materno cuido; como también acierta en la enumeración de esos ya eternos compañeros de la madre, a quienes vemos avanzar hacia sus propias muertes con el leve bagaje de su cotidianidad. La voz del poeta es patética al comprender la irremediable contradicción humana de unos cuerpos que el amor incendia y que más tarde el amor repugna. Y dolorosa ante la mudez, o la sordera, de ese Vigía al que clama. Sin respuesta para sus acuciantes interrogaciones, el consuelo que busca el poema es una como solidaridad con los muertos, alimentando así la vida sucesiva y continuada en la especie.

L. de L.

«*Tiempo del hombre*», de *Manuel Mantero*

Dos puntos de interés presente, sobre el de su propia valía, este libro de Mantero.[1] Dos puntos que a él —lo sabemos— le importan y preocupan: la actitud poética de la nueva generación y el sonido recobrado —nunca perdido, realmente— de la poesía andaluza. Cuestiones, como se ve, nada menos que de personalidad. Mantero no se conforma con ser un buen poeta, que lo es, sino que persigue, y va a conseguirlo, un perfil personal.

Comienza dirigiéndose a

[1] Colección «Agora». Madrid, 1960.

unos poetas –hermanos mayores: cuando él nacía, ellos, niños aún, asistían a la proclamación de la República; cuando él aprendía las primeras letras, ellos aprendían a disparar los primeros tiros– esforzados en dar testimonio de su tiempo. «Con vosotros estamos en deuda» –dice– pero «mi generación tiene un signo distinto». «La sangre se ha aplacado». «Compreded por qué –al precio / de la vida– me obligo / a anunciar la esperanza». Como arranque de una voz juvenil, nada mejor. Cierto que la metafísica de su libro escora luego la voz hacia la melancolía que lo delata cuando creyó haber ganado, hacia la decepción de que, como cuando niño un juguete no suyo, tiene en la vida «que entregar todo al verdadero dueño», hacia la sombra mortal («gran medalla humana con anverso en Dios y con reverso en la fosa»); pero el verso «la sangre se ha aplacado» es lapidario, con valor de hito.

Si como poeta de una nueva promoción Mantero aspira a que su nave se distinga enarbolando «gozos vivos», si sabe que «ya los muertos sembrados / a la fuerza han salido / de la tierra en trigales / y flores convertidos», como andaluz devuelve a la poesía sus gracias de persuasión, que nada tienen que ver con la floritura retórica y que en nada merman verdad y fidelidad para con uno mismo y para con su tiempo. Los poemas de este libro descubren intuiciones sorprendentes, juegos imaginísticos de gran expresividad y ese algo casi milagroso que llamamos «ángel». Pero es visible la superación del poeta sobre su obra precedente. Aquí la imagen está constreñida a lo esencial y necesario. Pasándose más el toro por la cintura, con me-

nos revuelo, bello y superfluo, de capa.

En su línea andaluza, la poesía de Mantero, que participa de la vida sensualmente, presenta una constante erótica que en este libro, más que en la temática, se acusa en alusiones, referencias, comparaciones, elementos para el mecanismo de las imágenes. Los ejemplos serían múltiples, casi tantos como poemas, o tal vez más. Pero una cuaresma metafísica incorpora al sentido de la muerte, de la «futura podredumbre», de «la carne transitoria», la aspereza del barro humano en la enfadosa fricción del «metro», la soledad de tumba de la carne en la oscuridad del cinematógrafo.

Porque otro acierto de Mantero es la asunción de momentos intrascendentes, como el afeitado, o la ducha, el viaje en «metro», la salida del «cine», el sonar estrepitoso de la radio, prestándoles humana significatividad.

Ese punto de meditación filosófica no es del todo novedad en la poesía de Mantero. Fugazmente apareció por el libro anterior, en cuya *Mínima de las tres verdades* sólo un cristal se interpone entre la vida y la muerte. Aquí, es un puente lo que separa. Entre los dos extremos, breve paso que puede ser de lidiador o de filósofo. Doble filo de la espada de Dios, en uno de los mejores poemas de este libro, de los que preferiríamos, con otros como *Después de comer, La espía, Es una confesión, El viaje, Bodas con la alegría, Un minuto de silencio*, en este buen libro de Manuel Mantero, joven y andaluz.

L. de L.